

Las Últimas Noticias

■ DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE ■

SANTIAGO DE CHILE, miércoles 1.º de Julio de 1942

DE NUESTROS REDACTORES

El frío

ONDAS DE HIELO que vienen del austro conducidas por vientos apocalípticos que baten las montañas, inquietan los mares y hacen crujir y estremecerse las casas del sur del país, han llegado al corazón de Chile. Las estadísticas aseguran que desde 1861 excepción hecha de 1924, no se había sentido frío igual.

Los Andes majestuosos aparecen adornados por un frígido velo que se recorta sobre las lejanías y que parece el de una inmensa novia que se desposa en la Eternidad.

Rosas de nieve han caído sobre las ciudades, adornándolas fantásticamente; rosas de nieve han caído sobre los campos convirtiéndolos en terribles estepas. Y los vientos trasminantes, repando sobre ellas, han conducido su mensaje estremecido de hielo. Es verdad que han derramado belleza, pero ésta ha sido de una hermosura traidora, con despertares de muerte.

Quince infelices de los que han nacido con el desamparo dormido en sus corazones, han perecido ateridos en las calles de este gran Santiago edificado con rascacielos y con mansiones risueñas, rodeadas de jardines y juegos de aguas; mansiones que han sido forjadas para albergar felicidad.

Quince infelices han muerto ateridos, acaso sin voz para protestar, para invocar a Dios, y la vida ha seguido llena de pasiones, de ansias, de angustias, de mando. Ellos han caído. El comentario silencioso los ha envuelto. Ha sido un minuto de curiosidad. Alguien ha dicho:

—¿Es posible que hayan muerto de frío?

—Sí, señores, han muerto de frío. Carecían de habitación, no sabían de la cálida llama de la calefacción, del traje sin desgarrones, de los zapatos con suela integral. Nacieron de un dolor, de una equivocación; crecieron al acaso y lo sufrieron todo. Recibieron totalmente las frías ráfagas de este invierno terrible e irónico que hasta adorna su rigor con la palidez brillante de un sol sin fuego. Y los rigores se concentraron en sus cuerpos desamparados, pero hechos a semejanza de Dios.

Yo los veo tiritando en esas noches sin estrellas, colmadas de bruma, en los vanos de las puertas, sin valor para moverse, encogidos, tratando de evitar que el frío les llegara al corazón, perdido el pensamiento, congeladas las lágrimas, rígidos los rostros señalando la más trágica de las risas, la de los que mueren de frío; abandonarse a su destino y esperar, ya sin discernimiento, que la mano de la muerte les estrujara sus pobres corazones agrietados por todas las manifestaciones del dolor.

No les bastó la caridad humana; las leyes sociales los dejaron al margen y no les quedó más camino que el de la muerte que, como una fiera, jugó con ellos.

Sí señores, quince infelices murieron de frío, frente a la belleza de Los Andes y sobre la ciudad adornada por albas rosas de nieve, sin plegarias, sin amigos — que nunca los ha tenido un hombre mísero — sin pensamientos, sin protestas, sin voz. Ese era su destino. Su ruta iba por la fosa común, por la obscuridad de un sendero sin orillas. Yo sólo deseo que ya que en vida no tuvieron la sonrisa de la caridad ni el apoyo de la justicia humana, encuentren, en lo arcano, la sonrisa de Dios. Dicen que El protege a los mártires, y ellos lo son. Tal vez sin propósito, pero sin duda mártires, mártires porque cayeron, anónimos, sobre una esperanza muerta.

Antonio ACEVEDO HERNANDEZ